

PRESENTACIÓN DEL RETRATO DEL DR. JOAQUÍN CRIADO COSTA

JULIA HIDALGO QUEJO
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

La Sección de Nobles Artes de esta Real Corporación ha recibido con gusto el encargo de realizar los retratos de los tres últimos directores.

Este noble cometido me permite, hoy, atribuirme el gran honor de dirigirme a ustedes para presentar el primero de los tres cuadros encomendados: el que representa a nuestro actual Director, el Excmo. Sr. D. Joaquín Criado Costa, del que soy autora.

Un cuadro debe comentarse él solo, pero corresponde que lo haga yo ahora ante ustedes. Por lo tanto, lo que diga a partir de este momento estará en un segundo plano, con respecto al esfuerzo que me cueste pintarlo y al resultado que obtenga.

El retrato debe contar lo que la fotografía no puede completar: Un retrato tiene un lado intelectual, literario si se quiere y un lado plástico: De ambos el artista es responsable, pero una vez que el cuadro está en manos del espectador, éste es el que efectúa su propia valoración de la obra.

Por ello, cuando inicio la andadura que me impone este encargo, lo primero que hago es reflexionar sobre la obra de dos grandes retratistas de la historia de la Pintura: Van Dyck y Velázquez.

Nadie ha estudiado la elegancia como categoría estética, propia, independiente, distinta y aún opuesta a la categoría de la belleza. Esta nueva categoría y su poder llenan el mundo moderno.

Pido consejo a Van Dick, como en su día lo hiciera Ignacio de Zuloaga, pintor de toreros, brujas y labriegos, maestro del elegante retrato cosmopolita neobarroco.

Mi pintura debe traducir el espíritu de hombre de acción e iniciativa que es el representado: Su fuerza, su tenacidad, su carácter; su capacidad de estar alerta me confieren amplios poderes y horizontes a la hora de plasmar, para la posteridad, su imagen. “Para apreciar las cualidades de una persona -escribía Schopenhauer-, es necesario poseer, al menos, una parte de esas cualidades”. Algo de la intensa energía de Joaquín y de su amor al trabajo compartimos: Esa realidad se hace más evidente cuanto más voy adentrándome en la elaboración de su retrato.

Existe una tensión permanente entre mi cuadro y yo, antes de que éste se convierta en algo “oficial”: Mi vida interior, frente al objeto representado.

El reto del parecido rivaliza con mi deseo de crear unas formas a la vez precisas y ambiguas y que, a menudo, me llevan a hallazgos más profundos, pero que en este caso concreto me harían perder el “oficial” y deseado parecido.

Velázquez nunca se dejó seducir por lo superfluo, ni siquiera en las obras de

juventud deja de practicar la llamada “filosofía de la renuncia”.

Cuando aún faltaban dos siglos para que se inventara la Psicología como ciencia, que habría de contribuir al pleno reconocimiento de la singularidad humana, Velázquez ya alcanzaba ese umbral: La fuerza, el gesto, la autenticidad, se desprenden de sus personajes. La vida que observamos en sus miradas no está en el modelo, sino en el cerebro de Velázquez. El retrato es para él, más que un género, un modo de mirar al mundo. Consulto su obra, visito El Prado donde trato una vez más de adivinar los secretos de su pintura, de su plástica, el misterioso espacio que rodea sus figuras, la magia de sus pinceles, su arte de pintar. La soberanía de la Pintura está en Velázquez.

Todo ello me invita a la acción: La estructura compositiva debe ser elegida para hacer un recorrido visual fácil. Sin embargo, a la hora de realizar la práctica pictórica considero fundamental el sentido de lo oculto, porque permite alargar en el tiempo el intangible misterio de las cosas.

La sorpresa, la magia debe surgir en el momento más inesperado... Amo el refinamiento pictórico, tanto como el certero zarpazo improvisado.

Inicio el retrato “a la prima”, en base a un dibujo previo al carbón que me satisfizo y que ayudaba a resolver el espacio circundante al personaje. Ataco el vacío en directo, improvisando, propiciando el azar, sobre una tabla cuyo fondo ha sido preparado adecuadamente.

El cromatismo, severo: pardos, azules, óxidos..., con pequeñas intrusiones de verdes y turquesas acentuados. Alterada la valoración por el blanco de la camisa...

Son algunas capas de color muy delgadas las que dejan a la vista la “cama” del soporte en un principio, para que haya una distancia matérica, sensible al ojo.

Deseo que los trazos del pincel y, en algunos casos, de la espátula, den movimiento a la pintura y pueda hablarme directamente. Minimizo sus efectos en un juego permanente de avance y retroceso, hasta llegar al punto exacto del modelado del personaje y el espacio que lo rodea.

Antes de culminar el retrato, decido incorporar los dos planos verticales que -pienso- concentran aún más el interés en el modelo.

“Un retrato debe ser un eco”. La emoción y las preguntas se agolpan en mi mente: “Un retrato es una confesión” afirmaba Carriere. Es preciso, pues, que el pintor haya forzado a su modelo a confesar.

El espíritu de Joaquín ha abandonado ya mi estudio para permanecer eterno en la Real Academia de Córdoba. Espero y deseo que sea bien recibido por ustedes.

Mi agradecimiento muy expreso a la Real Academia por haberme confiado este trabajo, a la Prensa por cedernos este magnífico espacio y a todos ustedes por haber escuchado estas palabras, que deseo les lleguen impregnadas de alma.

Muchas gracias.



Retrato del Dr. D. Joaquín Criado Costa.